

Director, señoras y señores académicos,

Decir que es un honor compartir con ustedes la jornada de hoy es decir una verdad muy escueta. Para acercarme a lo que quisiera transmitirles, he de añadir que, en mi condición de presidente del Gobierno, es un honor pero también un acto de responsabilidad.

Se ha dicho, con razón, que las dimensiones del mundo están incluidas en la capacidad de nombrarlo y nosotros pertenecemos a un país cuya lengua mayoritaria comparten más de 350 millones de personas en todo el planeta. Un mundo múltiple, naciendo y creciendo a cada instante; pero en el que no todos sus habitantes saben o pueden, con el mismo derecho real, darle nombre y altura a su historia como individuos.

Por eso estoy aquí, con todos ustedes, para hacer público el compromiso de mi Gobierno que, a través del Ministerio de Educación y Ciencia, impulsará la elaboración del *Diccionario histórico de la lengua española*.

No es la primera vez que se emprende un trabajo filológico de estas características. Si todos los intentos anteriores fracasaron, habrá que atribuirlo, quizás, a que la indudable buena voluntad de sus promotores no siempre se vio amparada por circunstancias propicias capaces de cobijar a este organismo vivo que es el idioma y que, como los hombres y las mujeres que en él se desarrollan, exige no solo aire, sino también sustento.

Y en este compromiso, que ahora hago público, radica la responsabilidad que me concierne, que nos concierne a todos: en muy pocos días, la ministra de Educación y Ciencia, y el director de la Real Academia Española, firmarán un convenio que orientará la estructura jurídica y administrativa en la que, definitivamente, pueda elaborarse el *Diccionario histórico de la lengua española*. Es oportuno recordar que la nuestra es la única lengua europea de gran peso que carece de esta preciosa herramienta. De este modo, a principios de 2006 el grupo de especialistas requerido en las bases del convenio podrá emprender un camino trazado hace muchos años, puesto que, nos consta, existe un buen trabajo ya realizado y listo para fructificar.

Con el respaldo al *Diccionario histórico*, el Gobierno quiere ampliar su compromiso con la ciencia y la investigación, enlazando con la política de apoyo a las grandes instalaciones científicas, como el sincrotón, el supercomputador «Mare Nostrum», el Gran Telescopio de Canarias, los buques oceanográficos o las bases de investigación en la Antártida.

El Gobierno que presido concibe este proyecto, pues, como una gran obra pública; una obra magna que colocará a la lengua española a la altura que le corresponde por su historia, su literatura y su proyección presente. Al mismo tiempo, la situará al nivel alcanzado por otras lenguas en el avance científico, la investigación, el pensamiento y la comunicación universales.

La encomiable tarea de la Real Academia Española, en total sintonía con la de las otras veintiuna Academias americanas, verá aumentados sus frutos en cuanto pueda valerse del *Diccionario histórico*, porque una lengua está viva en cuanto sirve de fuente para los sueños, las esperanzas y las utopías. Como dijo recientemente Carlos Fuentes, «una sociedad está enferma o engañada cuando cree que la historia está completa y todas las palabras dichas». Es cierto; puede decretarse la defunción de una lengua no cuando la antigüedad pesa sobre sus hombros, sino

cuando ya nadie la precisa para expresar ideas y sentimientos como, por ejemplo, libertad, amor, solidaridad, justicia o democracia.

Escucho, al pronunciar estas palabras, la voz de nuestros antepasados cuyo nombre ha quedado registrado en los libros y la de quienes, desde el anonimato, contribuyeron a que hoy hablemos del *Diccionario histórico de la lengua española*. Nos instalamos en el mundo, nos recuerda Emilio Lledó, pero el mundo también se instala en nosotros. La lengua es nuestra manera de modificar al mundo a fin de ser personas. Sujetos y no solo objetos del mundo. Es la lengua la que nos permite ocupar un lugar en la comunidad y transmitir los resultados de nuestra experiencia.

Por eso, el *Diccionario histórico de la lengua española* ha de ser, para todos los hispanohablantes, un mapa del tesoro para la voz y el pensamiento; para los especialistas, una herramienta con la que desvelar los espacios del español desde sus inicios, en este y en el otro lado del mar; y, para el resto, manos tendidas hacia quienes nos precedieron y hacia los que explorarán el porvenir desde los cimientos del presente.

Este diccionario habrá de ser una forma rigurosa de estar con quienes ya se han ido pero han legado el testimonio de sus logros y de sus fracasos, con quienes nos acompañan en la tarea compartida de vivir y con quienes esperan que nos esforcemos por alcanzar, para ellos, un mundo mejor del que encontramos.

Don Quijote cumple, en este 2005, 400 años y el mejor homenaje que podemos rendirle es la reafirmación de que tanto tiempo después nuestra lengua sigue siendo capaz de oponer la duda al dogma, el sueño a la certeza de lo inaceptable. Ojalá que este anuncio que hoy hago público suene como un agradecido regalo de cumpleaños por tanta generosidad. Sé que el caballero que enseña, desde el español, la geografía de la libertad quiere que otros desempolven la armadura y emprendan cada amanecer ese mismo camino.

Decirlo aquí, en este Salón de Plenos donde la luz ilustrada quiso que entrara el sol, reaviva y actualiza lo que todos aprendimos y no debemos olvidar: que la Academia «limpia», esto es, despoja a las palabras de cualquier manipulación y esclavitud; que la Academia «fija» al designar la esencia que todos los seres humanos que piensen en español tienen el derecho solidario de compartir; que, en fin, la Academia «da esplendor», al abrir paso con espíritu democrático al talento y a la equidad, «combatiendo la desigualdad más irritante y perturbadora que existe: la desigualdad ante la cultura».

Emprendemos hoy la elaboración del *Diccionario histórico de la lengua española*, una tarea que sabemos felizmente interminable porque la historia de nuestra lengua se hace y rehace a diario con la felicidad y la desdicha, con la esperanza y la resignación de tantos hermanos nuestros. Por tanto, esa historia no tiene fin. ¿Cabe acaso mayor felicidad?

Vale.